

EL PARTIDO POSIBLE: ¿LA NUEVA IZQUIERDA?

Laureano Luna

ÍNDICE

I. CONSIDERACIÓN PRELIMINAR: ¿PERDIMOS EL TIEMPO?

II. LA BASE SOCIAL DEL PDS

1. ¿Por qué se mueve la gente?
2. ¿A quién perjudica la globalización?
3. Inmigración, deslocalización, importación (IDi).
4. La política económica: frente al neoliberalismo.
5. Los dudosos beneficios del euro.
6. El desempleo tecnológico y la empresa socialista.
7. Conclusión: la ruptura del pacto social.

III. EL PERFIL DE LA NUEVA IZQUIERDA

1. Izquierda.
2. Y una izquierda muy ruidosa.
3. Para enterrar al comunismo.
4. Epílogo: para restablecer la moral social.

I. CONSIDERACIÓN PRELIMINAR: ¿PERDIMOS EL TIEMPO?

Una iniciativa política tiene que dirigirse a una base social concreta; esto es, a una clase de ciudadanos de los que puede suponerse de antemano que estarán interesados en el proyecto del nuevo movimiento político conforme vayan quedando informados de su existencia. Cuando la base social no existe o no se acierta a comunicar con ella, el progreso de la iniciativa política es imposible.

Me referiré al proyecto político que en otras ocasiones he llamado *patriotismo democrático y social* (PDS). Recordaré solamente que el PDS funciona como único proyecto de recambio frente a la *globalización*. Intentaré a partir de ahí determinar si una iniciativa basada en este proyecto tendría una base social, cuál sería en caso de tenerla y cuáles podrían ser los modos de comunicar con ella. En el último punto citado habrá que tratar dos aspectos: por una parte, el modo de sintetizar y transmitir el *mensaje esencial*; por otra parte, las formas externas de hacerlo: el aspecto exterior que debe adoptar la iniciativa política, incluyendo especialmente la denominación, el tipo de lenguaje y la autclasificación dentro del espacio político existente.

Mi primera tesis en este artículo es la afirmación de que los partidos que hasta el momento han intentado el camino del PDS en España no han realizado un análisis serio sobre estos temas, o, si lo han realizado, entonces no lo han puesto en práctica. Desde el momento en que yo mismo he estado directamente implicado en estos proyectos, creo que puedo decir algo de las causas de esta deficiencia. Cuando hemos intentado poner en pie un partido PDS hemos tenido siempre un par de servidumbres, que enumero:

10. La premura del *corto plazo*: siempre parecía que eran necesarios triunfos a corto plazo, so pena de que la gente se desmoralizase y la estructura del partido, siempre débilmente consolidada, se disolviese. Vivíamos en una *continua fuga hacia delante*. Esto impedía el análisis necesario para una planificación a largo plazo. Se hablaba con frecuencia de *bases* o *bolsas electorales*, pero nunca o casi nunca de *base social*. En el fondo, la razón de esta servidumbre era la inexistencia de personas suficientemente cualificadas y entregadas a la

causa. La fuga hacia delante era necesaria para mantener unidas a personas *precariamente vinculadas*.

2º. Una segunda servidumbre ha sido el origen político de muchas de las personas implicadas en estas iniciativas. Y concretamente *los vínculos con la extrema derecha*. Parecía que una iniciativa patriótica, identitaria, antiinmigración etc. tenía que contar necesariamente con los recursos humanos del antiguo patriotismo de extrema derecha si quería obtener *masa crítica* para despegar. Solíamos decir: *no hay más mimbres que los que hay...* El caso es que este tipo de vínculos imponía elementos tanto de temario como de agenda o de análisis electoral. Imponía sobre todo una *especie de prudencia*, necesaria para no espantar a los pocos apoyos iniciales con los que se contaba, y esta *prudencia* impedía ver con claridad el verdadero potencial revolucionario del PDS y, en consecuencia, su verdadero entronque social.

A quienes emprendimos aquellas primeras iniciativas se nos puede acusar de precipitación. Sin embargo, pienso que había que empezar a desbrozar el camino y que, visto en retrospectiva, el fracaso de los primeros intentos era algo de esperar. Esos fracasos no son más que pasos iniciales en la empresa. Además los restos de esos naufragios son ahora muy valiosos, son parte de las condiciones de posibilidad de un planteamiento futuro más acertado.

Mi segunda tesis será que la base social natural del PDS es la clase trabajadora y especialmente los trabajadores asalariados.

Mi tercera tesis será que el PDS debe irrumpir en la escena política decididamente por la *izquierda*. Y esta es la única realmente novedosa --novedosa al menos en mí-- de mis tesis.

Quede claro que no pretendo sentar cátedra. No creo que estas tesis estén suficientemente maduras como para ofrecerlas cerradas. Quiero más bien traerlas a consideración y, si es posible, iniciar un debate. De ahí que una parte del título aparezca como interrogación.

Este artículo no puede evitar ser un poco demasiado extenso y, a veces, quizás un poco demasiado técnico. Pero téngase en cuenta que, en buena medida, estamos definiendo el cauce de un nuevo movimiento político. La envergadura del tema y la necesidad de tratarlo con rigor tienen sus exigencias. Pido al lector benevolencia.

II. LA BASE SOCIAL DEL PDS

1. ¿Por qué se mueve la gente?

Siguiendo a Vilfredo Pareto consideraré, para los grupos sociales, estas tres grandes clases de motivaciones:

- intereses
- sentimientos
- ideas

El número de personas que se moviliza directamente por ideas o ideales es muy pequeño. Sin embargo, las ideas son importantes en toda movilización social por dos razones:

1ª. Las ideas son necesarias para acuñar y expresar precisamente intereses y sentimientos. Una simple idea, acuñada en un término tan sencillo como *igualdad*, puede ser expresión de intereses económicos y también de sentimientos tan diversos como la simple envidia o la indignación ante la injusticia.

2ª. Las personas, incluso cuando en último término están defendiendo intereses o sentimientos, experimentan con cierta frecuencia la necesidad de presentar su postura ante ellos mismos y ante los demás como una defensa de ideales. Un movimiento político debe ofrecer esta *cobertura*, aunque, si es honesto, debe ofrecerla sólo cuando haya una coincidencia objetiva entre intereses o sentimientos y los ideales propuestos.

En la mayoría de los casos la motivación última de los grupos sociales son los intereses y los sentimientos, por ese orden.

2. ¿A quién perjudica la globalización?

Quiero analizar ahora de qué modo los intereses pueden delimitar en la España de hoy grupos sociales que puedan servir de base social a una iniciativa política PDS.

Defenderé en este artículo que *sí existe una base social suficiente para el PDS*. Está integrada por el conjunto de los *damnificados por la globalización capitalista*. **Esto es así porque el PDS es la única alternativa coherente al proceso de globalización;** en consecuencia, tiene sus clientes naturales en los perjudicados por la globalización. Esta no es una idea novedosa. Yo mismo vengo repitiéndola desde hace años. Pero ahora pretendo analizarla, examinarla y sacar lo más rigurosamente posible las consecuencias políticas. Es decir, quiero intentar que nos la tomemos todos en serio de una definitiva vez. Para esto tendremos que hablar de economía.

La globalización es, en su dimensión económica, sólo una cosa: *librecambismo*, es decir, libre circulación de mercancías, personas y capitales. El librecambismo es uno de los componentes de la concepción *liberal* de la economía y la sociedad. El liberalismo concibe una sociedad mundial integrada por individuos libres, dueños absolutos de sí mismos y de su legítima propiedad, que interaccionan entre ellos mediante contratos libres y voluntarios que, a su vez, dan lugar a la trama del *mercado*. El mercado global se convierte así en la manifestación de la libertad y la igualdad de los *individuos puros* que integran la humanidad. Esto es, el mercado global se convierte así en *institución sacra*. Y ya no hay, en el liberalismo, lugar para más consideraciones, ni de tipo social, ni de identidad comunitaria ni de otra clase de valores espirituales. De esta manera, el liberalismo, bajo su forma actual de *neoliberalismo*, y su realización en la globalización son los enemigos políticos frontales del PDS.

Pues bien, las políticas económicas neoliberales y la globalización están generando y van a generar aún más en el futuro un conjunto de damnificados económicos: los *trabajadores autónomos y asalariados*, y especialmente estos últimos. El proceso se debe a tres grupos de causas:

- Las políticas económicas neoliberales, que perjudican a las rentas del trabajo.
- La competencia de los trabajadores del Tercer Mundo, que están ejerciendo una presión demoledora y creciente sobre los salarios y las condiciones de trabajo de los trabajadores españoles y europeos.
- La adopción de tecnología en los procesos de producción.

Estos grupos de causas se desglosan en factores más concretos que vamos a examinar con mayor detalle. Son:

La inmigración.

La deslocalización.

La importación de mercancías de países del Tercer Mundo (en *competencia desleal*).

La política monetaria.

La política fiscal (política de gasto público).

La política laboral (legislación laboral).

La política de protección social.

El euro.

La tecnificación.

3. Inmigración, deslocalización, importación (IDi).

Empecemos por el *trinomio* al que me permitiré la fantasía de llamar I+D+i, o simplemente IDi: **inmigración, deslocalización, importación**. IDi representa las consecuencias directas del librecambismo global: la inmigración es efecto de la libre circulación de trabajadores, la deslocalización es realización de la libre circulación de capitales, la importación en condiciones de competencia desleal no es más que libre circulación de mercancías.

IDi afecta de esta manera a los trabajadores asalariados:

1. La inmigración es un aumento masivo y continuado de la oferta de mano de obra. De acuerdo con las leyes más simples del funcionamiento de los mercados, esto hace bajar el precio del trabajo, es decir, el salario (en lo sucesivo incluiremos bajo el rótulo *salario* tanto la cuantía de las retribuciones monetarias del trabajo como la calidad de las condiciones de trabajo). Esta situación obliga a los trabajadores españoles a someterse a esta disyuntiva: o aceptar salarios semejantes a los que los inmigrantes están dispuestos a aceptar, o quedarse sin trabajo.

Desde un punto de vista social, cuando un trabajador no acepta un empleo *en condiciones deterioradas en relación a las tradicionales en nuestra cultura social*, no se puede hablar de que *no quiera trabajar, de desempleo voluntario*. Esos son los términos en los que hablan los neoliberales y también los defensores de la inmigración: *los inmigrantes son necesarios porque los españoles no quieren ocupar ciertos empleos*. Esta afirmación no es válida como fórmula general. Sería válida sólo si los inmigrantes, aceptando salarios más bajos, ocuparan **únicamente** puestos de trabajo que nadie más ocuparía con esos salarios y que ninguna empresa ofertaría para salarios más altos. Pero ese no es el caso. Sucede algo así en algunos empleos agrícolas temporales y poco más. *La situación general es más bien que la inmigración, proporcionando mano de obra barata, está empezando a hacer inaceptables los empleos que se ofertan*. Veremos más abajo que, incluso si los inmigrantes ocupan **únicamente** empleos que los españoles no quieren ocupar con los salarios que pueden ofertarse, esa disponibilidad de mano de obra barata puede perjudicar a los trabajadores españoles.

En un futuro, y en términos más técnicos, ciertos economistas defenderán que la inmigración no perjudica, que incluso puede beneficiar a los trabajadores autóctonos. Voy a reproducir dos pasajes de EL PAÍS que ilustran esta doctrina. Después mostraremos que es falsa. Se comprende que la refutación de esta teoría es imprescindible para sostener mi tesis, pero, por otra parte, tal vez sea también necesario que nuestros futuros dirigentes políticos conozcan este núcleo teórico.

El primer pasaje procede de un texto de opinión y su autor es el economista Javier Ortega Diego, *maître de conférences* en la universidad de Toulouse:

Utilizando los instrumentos de la teoría económica, podemos construir un modelo que nos ayude a entender (de forma parcial) por qué la inmigración puede llegar a tener efectos positivos sobre los trabajadores autóctonos incluso cuando los dos grupos de trabajadores realizan el mismo tipo de trabajo y existe desempleo. La idea central es muy sencilla: la llegada de inmigrantes hace que las empresas creen más puestos de trabajo, porque el coste del trabajo disminuye en términos medios después de la inmigración. Al haber más puestos de trabajo disponibles, los autóctonos pueden obtener más fácilmente un empleo. El salario que reciben puede también aumentar, porque la mayor disponibilidad de puestos de trabajo refuerza su poder de negociación ante las empresas.

El segundo pasaje da breve cuenta de un estudio del Banco de España y apareció el 26 de agosto del 2004; dice:

El aumento de la población inmigrante supuso un incremento de la demanda, la inversión y el empleo que aportó al menos dos décimas al PIB español del 2003, según refleja un estudio del Banco de España, en el que se analiza el impacto de la "importante entrada de extranjeros en los últimos años". Al crecer la población activa, se produce una bajada de salarios y una disminución de los costes laborales, y se estimula la contratación. Todo ello genera un aumento del poder adquisitivo de los trabajadores y de la renta disponible de los hogares, lo que estimula la demanda de bienes de consumo y la compra de viviendas. También estimula, según el informe, la inversión y el empleo, mientras que los precios se reducen.

Lo que vienen a decirnos estos pasajes es que la presencia de mano de obra inmigrante hace bajar los salarios, esto aumenta la contratación y esto, a su vez, reactiva la economía *tanto que al final todos salen ganando*. Lo que pretende esta teoría, de cuño neoliberal, es que la inmigración produce tal reactivación de la producción que no puede tener un impacto negativo sobre los salarios o el empleo de los autóctonos. En esencia, esta reactivación se producirá porque *cuando un inmigrante accede a un trabajo, accede también a un sueldo que luego tiene que gastarse; esto hace aumentar la demanda y luego la producción en cantidad equivalente al salario gastado; ahora bien, para generar esa nueva producción habrá que contratar a un nuevo trabajador; en definitiva, según esta teoría, el crecimiento de la oferta de mano de obra genera un crecimiento igual de la demanda de mano de obra, con lo que el salario y el empleo a la postre no bajan*.

Veamos por qué es falsa esta teoría. Supongamos que estamos razonablemente cerca de la competencia perfecta --que es el presupuesto de la teoría neoliberal-- y que, en consecuencia, a un trabajador se le paga aproximadamente el valor de lo que produce, es decir, el valor de su productividad marginal. Supongamos ahora que un inmigrante accede a un puesto de trabajo aceptando un salario menor que el vigente hasta entonces. (La causa de que acepte un salario más bajo es que o bien viene a ocupar puestos de trabajo que no se ocupan con el salario vigente, o bien viene a competir en desventaja con los trabajadores autóctonos). Esto sigue siendo lo mismo que dicen los pasajes reproducidos. Supongamos además que ese inmigrante gasta íntegramente su salario en España y que con ello provoca un aumento de la producción en cantidad equivalente al valor de su salario, es decir, en cantidad equivalente a lo que él mismo produce, puesto que se le paga el valor de lo que produce --digamos que hay que producir para él los nuevos productos que compra con su salario--. Todo esto es perfectamente posible. Pero la nueva producción tendrá que ser producida con participación del trabajo y del capital, luego no será suficiente para crear un nuevo puesto de trabajo en el que un nuevo trabajador produzca y gane lo que el inmigrante produce y gana. La demanda que generan los contratados extranjeros no crea, pues, tantos puestos de trabajo como ellos ocupan. Naturalmente, la situación es aún peor si al trabajador se le está pagando por debajo del valor de lo que produce: en ese caso, al gastar su salario, no podrá estimular la producción ni siquiera en la medida de lo que él mismo produce.

Desde luego, sería maravilloso que la ocupación de un puesto de trabajo diese lugar automáticamente a la creación de un nuevo puesto de trabajo igual que el primero: así tendríamos garantizada la creación consecutiva de *...infinitos* puestos de trabajo. Pero, naturalmente, esto no es así. Imaginemos incluso que el trabajo fuese el único factor productivo, de manera que todo lo que consume el inmigrante contratado al gastar su salario tuviese que ser producido por un nuevo trabajador. Ese segundo trabajador produciría y ganaría igual que el inmigrante contratado; es decir, *la bajada inicial de los salarios se mantendría*. La razón última de esto es que, en la utilización de factores productivos, habrá disminuido el cociente *capital / trabajo*, y cada trabajador dispondrá como media de menor cantidad de capital para producir, de modo que su productividad marginal, y con ella su salario, tenderán a disminuir.

A esto hay que añadir dos consideraciones: por una parte, los inmigrantes no gastan en España todo el dinero que ganan en España; por otra, la inmigración es un fenómeno continuado, el *stock* de mano de obra en los países no desarrollados es a efectos prácticos

inagotable; en consecuencia, incluso los nuevos empleos, en menor número y con menores salarios, generados por el consumo de los inmigrantes serán ocupados, de nuevo, por nuevos inmigrantes. En lo que va del 2004 *cuatro* de cada *diez* puestos de trabajo creados en España han sido ocupados por extranjeros. Veremos que en realidad lo que la globalización produce en los salarios es un efecto de *vasos comunicantes*: al irse fusionando los mercados, tenderán a igualarse los salarios en todo el mundo, según la ley general de que en un mercado unificado los precios tienden a igualarse en todos los puntos. El resultado tenderá a una media, *ponderada por la cantidad de población activa*, del salario en los países desarrollados y del salario en los demás países...*échese un cálculo*.

Conforme el debate sobre la inmigración se haga más sutil, se irá abandonando el lema de que los inmigrantes sólo ocupan los empleos que los españoles no quieren, y se empezará a decir que los trabajadores extranjeros crean con su consumo tantos puestos de trabajo como ocupan. En el futuro será importante saber refutar esto.

Lo cierto es que la inmigración producirá un aumento de la actividad a la vez que un aumento del desempleo entre los trabajadores autóctonos y una caída general de los salarios. Es decir, provocará una reactivación como la que desean neoliberales y capitalistas: con una redistribución de rentas a favor del capital. Cuando se hable de *la prosperidad que crean los inmigrantes* habrá que contestar que esa prosperidad es para ellos y para nuestros capitalistas, no para los trabajadores españoles.

Como se ve, los aspectos técnicos de este tema no son triviales. Por eso resulta necesario abordar una cuestión más. En los ambientes neoliberales la presión de la inmigración sobre los salarios ha sido acogida con entusiasmo como el único remedio contra la *rigidez* de nuestro mercado de trabajo. Los neoliberales llaman *rígido* a un mercado de trabajo cuando en él los trabajadores rehúsan someterse a los dictados de la demanda y la oferta, de manera que a pesar de la existencia de desempleo (para los liberales, *exceso de oferta de mano de obra*) los salarios **no** bajan hasta que las empresas contraten a todos los parados. En un mercado clásico una sobreoferta hace bajar los precios hasta que, en un nivel de equilibrio, la demanda absorbe la totalidad de la oferta. Todos sabemos desde Keynes que el mercado laboral no es un mercado clásico y que no lo es porque los trabajadores no se someten a sus leyes. Y esto equivale a decir que los trabajadores *contestan* la distribución inicial de la propiedad, que es la responsable de dónde se sitúa el equilibrio de mercado.

Pues bien, la inmigración masiva está siendo conscientemente utilizada --y sin duda así lo ha hecho el PP-- para quebrar el espinazo de la resistencia de los trabajadores frente a las leyes del mercado. Sirva como muestra el texto que reproduzco. Es el final de un artículo de Juan José Toribio, profesor del IESE, titulado *Inmigración y mercado de trabajo*; puede considerarse una muestra ejemplar de la posición neoliberal.

Desde hace una década, todo gobierno europeo que se precie, viene indicando su voluntad de flexibilizar las estructuras del mercado de trabajo en el territorio de su jurisdicción. Después no hacen casi nada al respecto, salvo algunos pequeños retoques legislativos, de cara a la prensa, y que inmediatamente suscitan protesta de las cúpulas sindicales, tan cómodamente instaladas en los subsidios del Fondo Social Europeo. Todo según una liturgia política preestablecida.

Pero, guste o no al nacionalista, sindicatos u otros colectivos de regresión social, se viene produciendo en toda la UE una auténtica revolución liberalizadora de los mercados laborales, que progresa, no a golpe de decreto, sino merced al impulso que recibe de un imparable flujo migratorio. Bienvenida sea, pues, una inmigración que así nos despierta.

Podemos preguntarnos: ¿hasta dónde es razonable que los parados se nieguen a aceptar determinados trabajos? Es una cuestión que hay que plantearse si se quieren tener posturas claras en todo este asunto. Mi sugerencia es la siguiente: *los trabajadores deben deponer su resistencia frente a las condiciones de mercado sólo cuando la política económica sea todo lo*

favorable a las rentas del trabajo que razonablemente quepa esperar. Los salarios resultantes de esta política pueden considerarse *salarios socialmente justos*. Y sólo las actividades productivas en las que se puedan pagar estos salarios pueden considerarse *socialmente rentables*. No podemos abolir el mercado y estatalizar la economía, pero sí podemos crear condiciones de mercado más favorables para los trabajadores mediante la política económica. Una vez que esto se haya hecho hasta un punto razonable, entonces los trabajadores deben aceptar los empleos que se les oferten, porque probablemente sean los mejores que resulte materialmente posible ofertar. Si aun en esos casos los trabajadores no aceptasen los empleos ofrecidos y persistiese el paro, habría que pensar que los subsidios resultan contraproducentes y que tal vez sería necesario rediseñarlos para hacerlos más eficaces.

Hay que plantear la cuestión de si deberían traerse contingentes de trabajadores extranjeros con contrato en origen y que volviesen a sus países una vez extinguido el contrato, para realizar actividades que no pueden hacerse más que con salarios menores que los socialmente justos. Esto podría resultar justificable por dos razones. En primer lugar porque en este caso los inmigrantes ocuparían puestos de trabajo que no se pueden ofertar con mejor salario y que los españoles no van a ocupar con el salario con el que se pueden ofertar; por tanto, **en el corto plazo** esta inmigración no perjudicaría a los trabajadores españoles. En segundo lugar porque resulta beneficioso para todos que esas actividades económicas, que de otra manera simplemente no se realizarían, se realicen si las partes implicadas aceptan libremente hacerlo. Aún así podemos plantear: **¿debemos los trabajadores españoles aceptar que en España se trabaje con salarios menores que los socialmente justos?**

No es una cuestión fácil. Por una parte está el hecho de que se está haciendo un bien objetivo al permitir que trabajadores extranjeros tengan acceso a salarios más altos que los que podrían conseguir de otro modo, así como al permitir que se realice una producción que de otra manera no se realizaría. **Sin embargo**, no se debe ocultar que también esta situación puede perjudicar a los trabajadores autóctonos **en el largo plazo**, porque la disponibilidad de mano de obra barata provoca que el capital y la actividad empresarial se inviertan en una producción que no es socialmente rentable, en lugar de buscar nuevas actividades socialmente rentables, es decir, en las que se puedan pagar salarios socialmente justos.

Digamos por fin que en el tema de la inmigración *no coinciden* los intereses de los asalariados y de los empresarios, incluso si distinguimos cuidadosamente entre *empresario* --aquél que vive del rendimiento del trabajo empresarial-- y *capitalista* --aquél que financia y percibe la renta del capital--. El abaratamiento de la mano de obra siempre viene bien a quien contrata trabajadores. Sólo las empresas familiares, que no contratan extranjeros pero que tienen que competir con las que sí lo hacen, se ven perjudicadas por la inmigración. Ya veremos que en otros aspectos los intereses de asalariados y empresarios coinciden objetivamente frente a los intereses de los capitalistas, pero no aquí. Si interesa tener a los pequeños y medianos empresarios como clientela política, habrá que ofrecer a estos empresarios ventajas que los compensen de la interrupción de la inmigración: menores impuestos, tipos de interés más bajos, subsidios, protección frente a la competencia extranjera y de las multinacionales etc. Tal vez se podría acuñar y hacer circular el concepto de *empresario patriótico*, con ese u otro nombre, para designar al empresario que ejerce la *preferencia nacional* a la hora de contratar trabajadores, comprar a proveedores etc. Podrían establecerse ayudas o exenciones fiscales para tales empresarios, con el fin de favorecer a los trabajadores españoles.

La conclusión es que la inmigración va a golpear duramente a la clase trabajadora española y europea, y especialmente a la media y baja. Por tanto, un partido opuesto a la inmigración tiene en este segmento social una clientela política natural.

2. Por su parte la deslocalización equivale a una *exportación de puestos de trabajo*. El capital en inversión directa crea puestos de trabajo. Cuando se deslocaliza, se destruye inversión directa en España para crearla en el extranjero; entonces, se destruyen empleos en España

para crearlos fuera de España. Y esto se hace, esencialmente, porque la mano de obra es allí más barata.

La libre circulación de capitales es otra forma de someter a los trabajadores europeos a la competencia con la mano de obra extraeuropea. Mientras el diferencial de salarios sea suficientemente amplio, la deslocalización proseguirá, hasta que el aumento de la demanda de mano de obra en el Tercer Mundo y la disminución de esa demanda en Europa haya aproximado en grado suficiente el nivel de los salarios en uno y otro sitio. En consecuencia, los efectos de la deslocalización sobre el mercado de trabajo en España son semejantes a los de la inmigración.

Se dice que la deslocalización es todavía cuantitativamente pequeña en España. Y en cierto sentido lo es, pero en un sentido más amplio esa afirmación resulta engañosa. Y es que deberíamos introducir el concepto de *deslocalización en sentido amplio*, considerando para ello no sólo la cantidad de capital que se desinvierte aquí para trasladarlo allí, sino también la cantidad de capital que *se deja de invertir aquí* porque se invierte allí. Recordemos hasta qué punto China se está convirtiendo en el destino de las inversiones de capital industrial internacional. Con seguridad, un cálculo del montante de la deslocalización en sentido amplio nos haría dejar de verla como un fenómeno anecdótico o incipiente.

La deslocalización es, por consiguiente, otro de los caminos por los que el mercado de trabajo tiende a unificarse a nivel global y a hacer confluír los salarios en los países desarrollados y en el Tercer Mundo. Es otro de los fenómenos a través de los cuales la globalización va a incidir agresivamente sobre los salarios de los países europeos. Un partido que se posicione decididamente contra la globalización y la deslocalización tiene, de nuevo, una clientela política natural en la clase trabajadora española.

Con respecto a la deslocalización el verdadero problema es *cómo evitarla*. Es posible hasta cierto punto impedir la huida de capitales pero es imposible obligar a los capitales extranjeros a invertir aquí en lugar de irse a China. Podemos ofrecer ciertas condiciones ventajosas al capital extranjero, pero ciertamente no será a la postre rentable intentar competir con el *dumping* social de los países del Tercer Mundo. Podemos entonces plantear si *necesitamos el capital extranjero*. En rigor, no necesitamos el *capital*, si por éste entendemos simplemente el *dinero* dispuesto a ser invertido: capital líquido puede fabricar a coste casi nulo cualquier país que retenga la soberanía sobre la emisión de su moneda. Lo que sí podríamos necesitar es la *capacidad empresarial y tecnológica extranjera*, que suele acompañar a las inversiones directas de capital extranjero. La cuestión es entonces: *¿podemos reemplazar las inversiones extranjeras que perdemos por causa de la competencia desleal?* Ciertamente nunca será fácil, pero evidentemente *no es imposible*: se trata de tomar las medidas necesarias para incrementar suficientemente la capacidad empresarial y tecnológica de los españoles. Y creo que *ésta debe ser la propuesta final* frente a la deslocalización en sentido amplio, juntamente con la prohibición de la huida de los capitales ya invertidos en España.

Antes de tratar la importación, veamos que la deslocalización puede reducirse, en igualdad de las demás condiciones, a una forma de aumento de las importaciones *netas*: lo que se producía aquí y deja de producirse, o bien se consumía aquí o bien se exportaba --o ambas cosas en diverso porcentaje--. Si se consumía aquí, habrá que importarlo desde donde se produzca ahora; si se exportaba, hemos perdido exportaciones, con lo que ha aumentado la importación neta.

3. Respecto de la importación de productos extranjeros la idea esencial es la de que *cuando importamos, importamos también horas de trabajo incorporadas a los productos que importamos*. Cuando importamos horas de trabajo, consumimos horas de trabajo *que ya no se realizan en España*, esto es, a igualdad en el nivel de consumo, nos privamos de la posibilidad de realizar ciertas horas de trabajo, porque se las brindamos al extranjero.

Esto tiene exactamente el mismo efecto que la inmigración y la deslocalización. La inmigración puede considerarse, en lo que respecta al mercado laboral, también como una importación de horas de trabajo, en la medida en que hay horas de trabajo disponibles que pasan a ser realizadas por extranjeros. También la deslocalización, por cuanto puede reducirse a un aumento de las importaciones netas, equivale a una importación de horas de trabajo. Conforme vamos regalando horas de trabajo a extranjeros, nuestros trabajadores ven disminuir la demanda para su oferta de trabajo, y esto supone más paro y menores salarios.

Para ponerlo en una fórmula:

$$IDi = IH = + P, - S$$

donde *IH* significa *importación de horas de trabajo*.

En definitiva, dentro de un marco político que permita el curso de la globalización, *IDi* tenderá a hacer converger los niveles de empleo y salarios entre los países desarrollados y los no desarrollados. Al final, no resisto la tentación de hacer un cálculo de cuál puede ser la bajada real del poder adquisitivo de los salarios en el mundo desarrollado por causa de *IDi* y en igualdad de las restantes condiciones. La fórmula que hay que aplicar para hallar una media aritmética ponderada sería:

$$S' = (Sp + sP) / (p + P)$$

donde

S' es el salario real medio de llegada en los países desarrollados,

S es el salario real medio de partida en esos mismos países,

s es el salario real medio de partida en los países no desarrollados,

p es la población activa en los países desarrollados en el momento de la detención del proceso,

P es esa población en los países no desarrollados y

Pongamos cifras aproximadas haciendo un cálculo no demasiado pesimista. Supongamos que el salario medio en los países desarrollados es sólo cinco veces el salario medio en los países no desarrollados e igualemos aquel a 100. Supongamos que la población activa en el Tercer Mundo terminará por quintuplicar solamente a la población activa en el mundo desarrollado, e igualemos ésta a 1. Tenemos:

$$S' = (100 \times 1 + 20 \times 5) / (1 + 5) = 33,33...$$

lo que significa que el salario real medio en los países desarrollados pasaría, en virtud de *IDi*, de 100 a 33,33... en los próximos veinte o treinta años. Esto es, que nuestros trabajadores perderán, *ceteris paribus*, por causa de la globalización, dos tercios de su salario real en los próximos decenios.

Supongamos, sin embargo, que el proceso de igualación se detuviera antes de la igualdad perfecta: dado que *IDi* tiene costes es razonable pensar que cuando los salarios en los países desarrollados sean sólo el doble que en el resto del mundo, el proceso se detendría. Entonces, entendiendo que la masa salarial es constante, tendríamos este sistema de ecuaciones:

$$S' = 2s'$$

$$S' + 5s' = 200$$

donde s' es el salario real medio *resultante* en los países no desarrollados. Resolviendo el sistema tenemos que:

$$S' = 400 / 7 = 57,14$$

Lo que significa que, sin modificación de las demás circunstancias, nuestros trabajadores perderían por culpa de IDi un 43% de su sueldo en digamos los próximos veinticinco años. Si ahora suponemos que los salarios medios reales van a crecer en el mundo de manera sostenida alrededor de un 2,5% los próximos veinticinco años, la masa salarial ($= S' + 5s'$) sería al final igual a 361,74, con lo que, dentro de dos décadas y media, el poder adquisitivo de nuestros trabajadores sería un 103% del actual. Es decir, *todo el crecimiento de la economía en los próximos veinticinco años repercutiría sólo en los salarios del Tercer Mundo: nuestros trabajadores tendrían que regalar toda su participación en el progreso económico a los trabajadores extranjeros durante los próximos 25 años.* Y estos supuestos son muy optimistas; si tenemos además en cuenta el efecto de las políticas económicas neoliberales, que tratamos a continuación, lo más probable es que nuestros trabajadores vean empeorar progresiva y ligeramente en ese plazo tanto su salario como sus condiciones de trabajo. A lo que hay que añadir la posibilidad del desempleo tecnológico, que también consideramos más abajo. *Y todo esto mientras ven que la economía crece, que los capitalistas se forran y que los trabajadores extranjeros prosperan a su costa y a costa de sus hijos.*

Lo que planteo es: *¿se deja con esto entrever la causa de que la base social de un partido patriótico anti-globalización esté en los trabajadores autóctonos? ¿Hay o no hay una formidable fuerza social latente a nuestro favor?*

Naturalmente, este es un cálculo aproximado; el lector puede poner sus propias cifras, pero no creo que llegue, si es sensato, a un resultado significativamente diferente.

Permítaseme una nota técnica. Suponiendo que el salario de equilibrio tiende a ser equivalente al valor del producto marginal del trabajo, lo que hay que calcular para anticipar la evolución de los salarios es la evolución de ese valor. Lo que sucede con IDi es que el valor del producto de nuestro trabajo, una vez puesto en el mercado global, baja hasta adecuarse a la capacidad de compra media global. El hecho de que esta capacidad dependa esencialmente del salario medio global es lo que justifica en última instancia la fórmula que hemos utilizado.

Tampoco resisto la tentación de traducir el final de un artículo del *Newsweek* del 23 de agosto, titulado *A heavier Burden* (una carga más pesada):

La mayoría de los economistas piensan que, en algún momento entre los próximos 20-50 años, China alcanzará el nivel salarial de Alemania y del resto del mundo desarrollado. Cuánto tendrá Occidente que caer para encontrarse con ella, dependerá de hasta qué punto pueda rechazar las tendencias proteccionistas del pasado y encontrar nuevas maneras de justificar su sitio en la economía global.

Es una muestra de la claridad y fecundidad de ideas de nuestros adversarios: para evitar los desmanes de la globalización, lo esencial es luchar contra el proteccionismo.

Lo cierto es que la única manera de evitar las consecuencias destructivas que IDi va a tener sobre el poder adquisitivo de los salarios consiste en aplicar una política de preferencia nacional: no hay otra manera, y esto es lo que hace que sólo el PDS represente la defensa de los intereses de los trabajadores españoles y europeos. No debemos perder de vista esta idea.

4. La política económica: frente al neoliberalismo.

Dejemos IDi y ocupémonos de la política económica. Incluiremos aquí la política de protección social, la política laboral, la política fiscal y la política monetaria. La política de comercio exterior ha sido tratada implícitamente al hablar del libremercado y de las importaciones.

En el curso de la globalización todas estas políticas *tenderán* a ajustarse a los imperativos del neoliberalismo; esto no puede ser de otra manera, porque el neoliberalismo es la doctrina que sustenta la globalización, es su justificación ideológica.

1. La política laboral tenderá a ceder todo el protagonismo al mercado. Esto es lo que los neoliberales llaman *flexibilizar* o *eliminar rigideces*. Esto implica que el mercado tendrá cada vez más libertad para determinar los salarios y las condiciones laborales. Y *esto es importante en el contexto en el que hablamos, porque el contexto del mercado es precisamente IDi*, lo que quiere decir que la legislación laboral, haciendo progresivamente legal cualquier tipo de contrato y nivel de salario que se pacte en el mercado, facilitará el deterioro de los salarios y de las condiciones laborales que IDi provoca.

Hay que entender que la desregulación del mercado de trabajo, aunque reprobable por razones morales, no es tan perjudicial para los trabajadores en una época en la que el empleo y los salarios tienden a crecer por las mismas fuerzas del mercado. Pero en una época en la tendencia es acusadamente la contraria, esta desregulación equivale a abrir las puertas al desastre.

2. En virtud de los mismos dogmas neoliberales, la protección social de los trabajadores a cargo de la Administración en forma de subsidios, esencialmente de desempleo, tenderá a disminuir. Es fácil imaginar el efecto que esto puede producir en un contexto de desempleo irreductible o creciente y de salarios reales en descenso. Como hemos dicho más arriba, la desprotección arrojará al mercado demandantes de trabajo que, mientras disfrutaban de un subsidio, podían rechazar determinadas ofertas de empleo; y estos nuevos demandantes de empleo por un lado aumentarán la oferta de mano de obra, presionando a la baja los salarios, y, por otro lado, entrarán en competición con los inmigrantes.

En consecuencia, la política neoliberal de *desprotección social* empeorará las condiciones de los trabajadores en el mercado laboral y agudizará las tensiones procedentes de la inmigración. *Ayudará a que se forme una clase trabajadora con conciencia patriótica, una conciencia que adquirirá a través de la conciencia de que su trabajo y sus conquistas laborales están siendo destruidos por la inmigración masiva.*

3. Trataré conjuntamente las políticas monetaria y fiscal. Intentaré ser conciso, aun a riesgo de dejar aspectos importantes sin tocar. Al estudiar los efectos de la política económica sobre el empleo y las rentas del trabajo, de lo que se trata es de discutir la tesis fundamental del neoliberalismo, que dice que **el desempleo sólo puede disminuirse haciendo bajar los salarios.**

Los neoliberales afirman que las condiciones objetivas del mercado laboral --esto es, la forma de las curvas de oferta y demanda-- están determinadas por las condiciones materiales de la producción y no pueden alterarse en el largo plazo mediante la política económica, que es al cabo impotente contra tales condiciones objetivas. En estas circunstancias, el desempleo representa un exceso de oferta de mano de obra, y los excesos de oferta sólo son absorbidos en los mercados cuando los precios bajan lo suficiente como para que los demandantes compren toda la cantidad ofertada. En el mercado laboral los salarios deberían bajar hasta que las empresas quieran contratar a todos los que sigan queriendo ser contratados. Sólo así se llegaría al equilibrio de mercado y desaparecería el paro.

La posición neoliberal es científicamente incorrecta y favorece objetivamente a los intereses del capital. A los neoliberales, fundamentalistas del mercado, les cuesta trabajo aceptar que la política económica, que depende de *decisiones políticas externas al mercado*, pueda tener efectos reales y duraderos sobre la economía. Pero, de hecho, las políticas fiscal y monetaria expansivas permiten llegar al pleno empleo sin necesidad de bajar los salarios. Esto es posible porque tales políticas modifican efectivamente las condiciones materiales de producción, de tal manera que desplazan en sentido expansivo la curva de demanda de mano de obra. La política fiscal expansiva provoca esencialmente un incremento de la demanda general (*demanda agregada*) y la política monetaria expansiva una bajada en los tipos de interés; ambas variaciones colaboran para aumentar la inversión, la formación de capital físico, y esto, a su vez, permite contratar más trabajadores sin que disminuya su productividad. Así puede llegarse al pleno empleo sin disminuciones o incluso con aumentos en los salarios. Ciertamente la eficacia de la política económica disminuye mucho una vez que se ha llegado al pleno empleo, pero es un poderoso instrumento para alcanzarlo.

Lo que sucede es que en este proceso tiende a aumentar la cantidad de capital físico hasta el punto de que, por la ley de rendimientos decrecientes, su productividad tiende a disminuir; esto provoca finalmente una disminución de la retribución del capital. En este proceso los capitalistas ven aumentar la competencia y disminuir la rentabilidad de su capital.

Existe, por tanto, un conflicto de intereses en torno a la política económica. Las políticas expansivas benefician a los trabajadores --asalariados o empresarios-- y a la producción nacional, pero perjudican a quienes viven de las rentas del capital.

Imaginemos que los trabajadores *contestan la distribución de la renta y la riqueza, y, con ello, las condiciones generales en las que opera el mercado laboral*. Entonces intentarán conseguir salarios por encima del equilibrio de mercado, es decir, mayores que lo equivalente a la *productividad marginal del trabajo*. En principio, las empresas responderán despidiendo trabajadores y dejando de contratarlos, hasta que disminuya el número de empleados por unidad de capital y aumente la productividad marginal del trabajo, de modo que vuelva a igualarse al salario. En estas condiciones los trabajadores tienen efectivamente que elegir entre salario y empleo.

En este momento puede entrar en acción la política económica expansiva para llevar la economía al pleno empleo sin disminuciones de los salarios, pero a costa de la rentabilidad del capital. Que esto suceda es lo que los capitalistas quieren evitar. Y entonces los neoliberales divulgan la doctrina de que es inútil realizar políticas económicas expansivas. En conclusión, el chantaje neoliberal: *empleo a cambio de salario*, es una nueva y continua agresión contra las condiciones de vida de los trabajadores y contribuirá con la presión de IDI para provocar su progresivo deterioro.

Claro que en ese momento también pueda entrar en acción la inmigración, la oferta masiva de mano de obra barata, y romper la resistencia de los trabajadores. Como hemos dicho hablando de la inmigración, esta es la opción de los capitalistas y neoliberales.

Los neoliberales argumentan a veces que la bajada de los salarios puede llevar la economía al pleno empleo sin crear *desequilibrios* y sin que nadie salga perdiendo. Argumentan que al bajar los salarios bajarán también los precios con lo que los trabajadores mantendrán a la larga su poder adquisitivo. *Esto no es cierto*. Los precios no podrán nunca bajar tanto como los salarios, porque los salarios son sólo un 60% o 70% de los costes. *Además hay que tener en cuenta que la relación de equilibrio entre capital y trabajo no es la misma si se elimina el pleno empleo contratando a más trabajadores para el mismo stock de capital gracias a la disminución de los salarios, que si el pleno empleo se consigue invirtiendo más gracias a una política económica expansiva*. En el primer caso cada unidad de capital contará con más unidades de trabajo, de modo que la productividad marginal y la remuneración del capital crecerán, y las del trabajo disminuirán. En el segundo caso, gracias a la inversión, la cantidad de capital con que opera cada trabajador se mantendrá o aumentará, con lo que la

productividad marginal del trabajo, y con ella el salario, se mantendrá o crecerá a expensas de la del capital.

Los trabajadores, si quieren actuar de forma realista y solidaria, deben aspirar a salarios tan altos como la política económica pueda hacer compatibles con el pleno empleo. Exigir menos sería regalar indebidamente renta al capital. Exigir más provocaría desempleo o directamente la ruptura del mercado y la necesidad de estatizar la economía; pero, a la vista de la experiencia comunista, esto último perjudicaría económicamente a todos.

En consecuencia, el lema principal en política económica de un partido patriótico y social debe ser algo como:

FRENTE A LA POLÍTICA NEOLIBERAL
PLENO EMPLEO SIN BAJADAS DE SALARIOS

y aquí el PDS se encuentra de nuevo con que su clientela política natural son los trabajadores, en este caso tanto los asalariados como los empresarios.

El conflicto de intereses en torno a lo política económica es lo que el economista Manuel Funes Robert denominó *la lucha de clases en el siglo XXI*, en el libro que lleva esa misma expresión como título (ESIC, Madrid, 1997). **En este momento histórico, la unión de este conflicto de intereses con el que se deriva de la globalización --de IDi-- puede proporcionar la base social natural al PDS.**

La política monetaria expansiva consiste en aumentar la cantidad de dinero en circulación para hacer bajar los tipos de interés y reactivar la inversión y el empleo. La política fiscal expansiva consiste en aumentar el gasto público o en disminuir los impuestos o en ambas cosas a la vez; es decir, en generar *déficit público* (o disminuir el *superávit*) para estimular la demanda agregada y con ello la actividad, la inversión y el empleo.

Si hay que buscar recetas concretas de política económica para un partido político PDS, yo destacaría:

- **los tipos de interés reales (esto es, los tipos de interés nominales menos la tasa de inflación) deben ser negativos mientras exista desempleo y nulos en el pleno empleo;** el fundamento último de esto reside en que no hay razón para que el capital sea un recurso escaso, desde que el dinero es emitido por decisión política del Estado; en consecuencia, la tendencia natural de los tipos de interés reales, que son el precio del dinero, es la de hacerse nulos. Y contra lo que puedan decir ciertos economistas *ortodoxos* esto no provocaría ningún mal funcionamiento de los mercados; se comprenderá que no pueda entrar aquí en mayor detalle. En cualquier caso, yo no descartaría una nacionalización parcial del crédito mediante la creación de nuevas instituciones crediticias públicas.
- **Mientras hay desempleo debe existir déficit público para que el gasto del Estado impulse la actividad económica hacia el pleno empleo. El equilibrio de las cuentas públicas sólo es razonable en el pleno empleo.** Cuando hay desempleo el Estado ingresa menos en impuestos y gasta más en subsidios, de modo que si, en situaciones de desempleo, el Estado genera un déficit que impulse hacia el pleno empleo, ese déficit puede anularse a sí mismo cuando, en el pleno empleo, el Estado ingrese más y gaste menos. Si el Estado se fija como meta el equilibrio fiscal en el pleno empleo, la evolución de la economía se parecerá a la de un *sistema dinámico discreto con un punto fijo en la situación de pleno empleo*, es decir, habrá un punto natural de equilibrio en el pleno empleo. Precisamente por eso se habla en Economía de los impuestos y subsidios como *estabilizadores automáticos*.

No puedo dejar de hacer aquí una observación más sobre la política monetaria. Se habrá observado que en los últimos años las autoridades monetarias --la Reserva Federal en los EEUU, el Banco Central Europeo y el banco central japonés-- mantienen los tipos de interés tan bajos que, en muchos casos, los tipos reales son efectivamente nulos o incluso negativos. En mi opinión este cambio de actitud en instituciones y personas --como Alan Greenspan-- en otro tiempo celosamente neoliberales tiene la siguiente motivación: en estos momentos hay más capital depositado en activos de mercados especulativos, es decir, en Bolsas donde se negocian acciones, futuros, divisas etc. que en préstamos; por tanto, los grandes capitalistas están interesados sobre todo en que las Bolsas no se derrumben. Resulta además que los mercados especulativos son intrínsecamente inestables, como descubrió el señor Soros después de haberse enriquecido con esta inestabilidad, y esto hace necesario sostenerlos con tipos de interés muy bajos. Realmente hay aquí un cambio en la situación descrita por Funes Robert y por mí mismo en otras ocasiones: el miedo al hundimiento de las Bolsas puede llevar a los poderosos a mantener bajos los tipos de interés. Y aunque siempre se apresurarán a subirlos cuando piensen que las Bolsas no corren peligro, esta circunstancia disminuye ciertamente nuestro *margen de oposición* a la política monetaria vigente. Naturalmente, tendremos que desenvainar nuestras reivindicaciones en política monetaria siempre que resulten pertinentes y sólo entonces. Pero podría ocurrir que sean menos las ocasiones en que resulten pertinentes.

La circunstancia que acabo de describir pone en relación la política monetaria con la inestabilidad de los mercados financieros internacionales. Algunos echarán de menos que no me detenga en ese aspecto de la globalización que es el posible colapso de las Bolsas mundiales. Lo cierto es que, si ese colapso se produce, será porque esos mercados son, como he dicho, intrínsecamente inestables, pero esa misma condición los hace esencialmente impredecibles --estamos ante *sistemas que pueden exhibir un comportamiento caótico debido al predominio de feedbacks positivos*--. Constituyendo un factor impredecible, prefiero no incluir esa inestabilidad en mi agenda. Habrá que afrontarla cuando ocasionalmente se manifieste de forma socialmente relevante.

El planteamiento anterior sugiere que un partido PDS debe reclamar la recuperación del control de la política monetaria, que ahora está en manos del Banco Central Europeo, para poder adecuarla a los intereses de los trabajadores. Esto nos conduce al siguiente tema.

5. Los dudosos beneficios del euro.

Tratemos ahora el problema del euro. Mi tesis es que, desde aproximadamente 1998, el euro nos lleva privando de unos 160.000/170.000 puestos de trabajo anuales. Y mi razonamiento es este: aproximadamente desde ese año la balanza comercial está disminuyendo el crecimiento del PIB en un punto porcentual cada año. Puesto que el PIB lo producimos entre unos dieciséis o diecisiete millones de trabajadores, un punto porcentual menos significa unos 160.000/170.000 empleos menos.

¿Qué relación tiene el euro con este deterioro de las exportaciones netas? Es fácil de ver. La inflación en España es mayor que la media de la inflación en la zona euro --la diferencia fluctúa entre uno y dos puntos porcentuales--. Esto nos resta competitividad si no se produce la natural depreciación de la moneda nacional en relación a las monedas de nuestros principales compradores, que son los países de la zona euro. Digo que esta depreciación es natural porque no es nada más que el reflejo de la pérdida relativa de poder adquisitivo de nuestra moneda. Tradicionalmente España permitía esa depreciación, con lo que compensaba a efectos de competitividad exterior las consecuencias del diferencial de inflación. Desde que esa depreciación es imposible, la pérdida de competitividad no se compensa y eso se refleja en el deterioro de la cuenta exterior. El estar privados de la *política cambiaria* tiene un coste anual en empleos.

Sufrimos este coste porque los países de la zona euro no constituyen un *área monetaria óptima* (AMO), esto es, una zona que obtenga más beneficios que perjuicios como consecuencia de adoptar una moneda común. Que yo sepa, la teoría de las AMOs parte del conocido artículo de Robert A. Mundell, "*The Theory of Optimum Currency Areas*", publicado en la *American Economic Review*, nº 51, septiembre de 1961.

Mundell Propuso *dos* condiciones, de las que una zona económica tendría que cumplir *al menos una* para ser en una AMO:

1. Estar expuesta en todos sus puntos geográficos y en cada momento a perturbaciones económicas similares.
2. Tener una elevada movilidad de los factores productivos capital y trabajo.

Los EEUU, por ejemplo, serían una AMO en virtud de que sus cincuenta estados cumplen la segunda condición: sabemos que en los EEUU las diferencias interestatales en las tasas de desempleo se corrigen principalmente vía migración de los trabajadores. La movilidad del trabajo es en ese país aproximadamente el triple que la *interna* en un Estado típico de la UEM, como Alemania o Italia; y, por consiguiente, esa movilidad es enormemente mayor que la movilidad del trabajo entre unos y otros Estados de la UEM, que resulta realmente insignificante; sólo así se explican los altísimos diferenciales en las tasas de empleo entre unos y otros países de la UEM. A la vista de esos diferenciales cabe preguntar: *¿cómo puede convenir la misma política monetaria a Holanda, con un 3% de paro, que a España, que tiene un 12% de desempleo?* Si tenemos en cuenta que, además, no existe movilidad laboral entre Holanda y España, hay que concluir que, al contrario que los EEUU, la UE no constituye una AMO, que pueda someterse a una misma política monetaria.

De hecho, la mayoría de los economistas piensan que el ámbito de la UEM no cumple ninguna de las dos condiciones de Mundell, a pesar de que, sin duda por motivos políticos, el mismo Mundell haya celebrado la creación de la zona euro.

El problema es que son los países con más desempleo los que salen más perjudicados: el efecto inmediato de la unión monetaria es el de privar a cada Estado del recurso a la política monetaria y a la política cambiaria. Por esto, en mi opinión, *un partido que se centre en la defensa de los intereses de los trabajadores españoles, debe reclamar la recuperación de la soberanía sobre la política monetaria y cambiaria (de tipos de cambio), para tomar las medidas que más favorezcan a los trabajadores y a la producción nacional.*

El uso político de este tema puede resultar difícil, porque una buena parte de los ciudadanos ven la integración monetaria como un punto de no retorno. Sin embargo, en determinadas coyunturas puede convertirse en un tema políticamente rentable; por ejemplo, si los efectos económicos de la ampliación de la UE llegan a dejarse sentir claramente.

De todas maneras existen propuestas *intermedias* que podrían plantearse ya: por ejemplo, las ayudas a la inversión en los países con más paro de la UEM podrían plantearse como una *financiación especial* por parte del BCE y no como una transferencia de fondos. Es un tema que hay que estudiar.

6. El desempleo tecnológico y la empresa socialista.

¿Es previsible que en el medio o largo plazo la adopción de tecnología provoque una sustitución masiva de trabajadores por artefactos y dé lugar a desempleo masivo?

Cuando leí el libro de Jeremy Rifkin titulado *El Fin del Trabajo*, eché inmediatamente de menos en él una cosa: Rifkin contaba una gran cantidad de historias que hacían verosímil su tesis de que en el futuro el mundo desarrollado se vería inmerso en un creciente desempleo producido por la sustitución de trabajo por tecnología (es lo que se llama *desempleo*

tecnológico); pero faltaba en Rifkin un poco de estructura lógica y matemática; no identificaba los factores implicados en el proceso para establecer entre ellos las relaciones lógicas y matemáticas que permitieran enunciar una posible *ley de la evolución histórica de la economía hacia el desempleo tecnológico masivo*. Sin la fundamentación de una ley como esa todo quedaba en el aire.

Naturalmente intenté rellenar el hueco en la medida de mis posibilidades y encontré algo, aunque desde luego no tan ambicioso como esa posible ley histórica a la que he aludido. Introduzcamos primero los conceptos necesarios para comprender el asunto.

Gracias a la adopción de tecnología aumenta la llamada *productividad aparente del trabajo* (PA), que es el cociente entre la producción total Q y la cantidad de trabajo T empleada para producirla:

$$PA = Q / T$$

La tecnología hace aumentar PA, es decir, hace posible producir la misma cantidad con menos horas de trabajo. O bien, permite aumentar la producción sin aumentar el empleo. Sólo con mirar la fórmula de arriba se percibe que la única manera de que la tecnificación no produzca desempleo es que se dé a la vez un *crecimiento suficiente* de la producción, es decir, en un porcentaje aproximadamente igual al crecimiento de PA (si ha de crecer el cociente sin que disminuya el denominador, entonces tiene que crecer el numerador). Hablando en términos aproximados, podemos decir que si PA crece más deprisa que Q , entonces se producirá desempleo tecnológico. *Para que la adopción de tecnología no provoque desempleo es necesario crear una determinada cantidad adicional QA de producción. ¿Hay alguna ley que establezca que será históricamente más difícil crear esa producción adicional? Esta es la clave del asunto.*

Consideremos primero que QA, la cantidad de producción adicional necesaria para evitar el desempleo tecnológico, es cada vez más grande. Efectivamente, cuando se produce con más cantidad de capital tecnológico y menos cantidad de trabajo, es necesario aumentar más la producción para absorber a los trabajadores desplazados por la técnica, *puesto que en general también la nueva producción se va a crear con menos participación del factor trabajo*. Podría argumentarse que aunque QA sea cada vez mayor, también será cada vez mayor la facilidad para crearla, precisamente porque con la tecnificación han disminuido los costes laborales en los que hay que incurrir para crear QA. Pero hay que recordar que los costes laborales no son los únicos costes y no hay ninguna garantía de que el resto de los costes vaya a disminuir proporcionalmente. *Tenemos aquí un primer indicio de que puede ser históricamente cada vez más difícil evitar el desempleo tecnológico.*

Consideremos ahora que con el aumento de la tecnificación el trabajador opera cada vez con más capital tecnológico. Esto conlleva la necesidad de una mayor cualificación. Y esto a su vez supone una dificultad añadida para conseguir trabajo en los sectores emergentes que pudieran absorber a los desempleados tecnológicos. Como mínimo esto provocaría desempleo del llamado *friccional*, es decir, ocasionado por el alargamiento del tiempo que va entre el cese en un empleo y el alta en uno nuevo.

Me parece que los dos factores mencionados actúan objetivamente para hacer *históricamente más probable* la generación de desempleo tecnológico. Sin embargo, cabe poca duda de que el factor decisivo será la facilidad o dificultad de que sectores emergentes de la economía absorban el desempleo producido en los sectores tradicionales. En el pasado cada revolución tecnológica ha sido capaz de crear más empleos en sectores nuevos que los que fueron destruidos en los sectores antiguos. *Pero no existe ninguna ley que garantice que esto será siempre así*. Que en el futuro esto vuelva a ser así o no depende esencialmente de la *capacidad de demanda* del ser humano. Y no me refiero ahora a una demanda determinada por condiciones económicas, sino a una demanda más fundamental: la que viene determinada por la biología y la psicología del ser humano. La economía clásica supone que las necesidades humanas son ilimitadas y, en consecuencia, las fuentes extraeconómicas de la

demanda son también ilimitadas. Pero bien podría existir un efecto de *saturación* biológico-psicológico. Probablemente los seres humanos siempre podrán desarrollar necesidades materiales nuevas que sean fuente de una demanda económica adicional, pero también es probable que el ritmo y la cantidad de creación de esa demanda sea, a partir de un momento, decreciente y tienda a cero por causa del efecto *saturación*.

Esta consideración me parece de sentido común. Pero si las cosas son así, entonces, a partir de un punto, será cada vez más difícil crear nuevos sectores económicos capaces de absorber el desempleo tecnológico generado en los sectores más antiguos. Pero esto ya no es economía, es antropología.

Lo cierto es que los efectos de la tecnificación sobre el empleo se están dejando sentir ya claramente en países como los EEUU o Alemania. Según el artículo citado de *Newsweek* en ambos países se habla de *jobless recovery*, esto es, una recuperación de la producción sin creación de empleo o casi sin ella. Producir más con la misma cantidad de trabajo implica matemáticamente un crecimiento de PA. Y este crecimiento sólo parece posible como efecto de la adopción de tecnología.

Propongo que supongamos que la tecnificación va a ser en el medio plazo una nueva amenaza para el empleo y, en definitiva, para el modo de vida de las clases trabajadoras. Me parece una propuesta sensata. Además el desempleo tecnológico amenaza toda la estructura económica: en último extremo, no habrá quien pueda comprar lo que producen las máquinas. Bajo esta suposición se puede afirmar que el movimiento político que pueda ofrecer una vía de salida para este problema conseguirá de nuevo tener como clientela política natural a la clase trabajadora. Y creo que el PDS es la única ideología política bien situada para proponer como solución la *empresa socialista*.

Siempre he creído que el PDS es manifestación política de una filosofía cuyo contenido fundamental es la superación de la concepción del ser humano como un *yo puro* (todo el mundo sabe que este es mi tema favorito). La estructura de la empresa capitalista se basa en esa concepción: la empresa se constituye a partir de un contrato entre individuos que persiguen fines individuales distintos, sin que la construcción de la empresa genere fines comunes, sin que los individuos se integren en la empresa para dar lugar a un nivel de organización cualitativamente superior. En consecuencia, cuando una de las partes ya no necesita a la otra, el contrato no se renueva: los trabajadores sobrantes van a la calle. Sin embargo, la realidad no está constituida por individuos puros o átomos puros sino que es de carácter *sistémico*: las diferencias complementarias de los elementos permiten su integración en unidades superiores con fines propios y con un grado superior de organización. De la aplicación de este principio a la organización empresarial surge la idea de la *empresa socialista*, que otras veces he llamado *empresa comunitaria* o *empresa integrada*.

La empresa socialista supone la integración de los factores de la producción en una forma superior de organización, y, en ese sentido, podría ser el destino de la evolución natural de la organización de la empresa. Ahora bien, ninguna de las ideologías surgidas de la Ilustración, ninguna de las que conciben al hombre como un *yo puro*, está en condiciones de proponer nada parecido. Sólo una *izquierda post-ilustrada* puede hacerlo. Paso a describir muy brevemente la empresa socialista a través de la mención de sus rasgos principales; descripciones más detalladas pueden encontrarse en otros escritos míos, como *La Lógica de la Política Económica*, que publicó el IES hace unos doce años, o el más reciente *La Alternativa a la Mundialización*, que publicó Ediciones Barbarroja. Y advierto que la teoría de la empresa socialista está sólo en sus inicios.

Como hemos sugerido antes, *la tecnificación hace especialmente evidente una contradicción interna del capitalismo: cuando las empresas despiden trabajadores para reducir sus costes están despidiendo a los compradores de sus productos, de manera que están fraguando su propia ruina, pero ninguna puede evitarlo individualmente*. En fuerte contraste, cuando en

una economía familiar se introduce técnica que alivia el trabajo y aumenta el producto, no se despide a nadie, sino que todos los miembros de la familia resultan beneficiados.

La empresa socialista es un intento de asemejar el funcionamiento de la empresa al de una economía familiar. *La contradicción que se produce en el capitalismo se debe al hecho de que quienes financian la tecnificación no son los mismos que trabajan con el capital tecnológico.* La idea, por tanto, es convertir a los trabajadores en cofinanciadores de la tecnificación, de modo que puedan recibir una parte de los beneficios derivados de ella. Y, por supuesto, la opción del despido queda desechada.

Pero para eso es necesario que la retribución del trabajo aumente hasta permitir que los trabajadores destinen una parte de su remuneración a un *fondo de tecnificación*, que después será utilizado por la empresa para financiar la adopción de tecnología; es necesario también que la retribución de los trabajadores sea lo suficientemente elevada como para que, en determinado momento, puedan escoger más ocio en lugar de más retribución.

La empresa socialista está pensada para funcionar en una economía de mercado políticamente dirigido. En este marco la manera de que la retribución del trabajo aumente suficientemente es la sustitución del salario por una remuneración en la forma de participación en el *valor añadido* (el concepto de *beneficio* no es ya adecuado). En la empresa socialista ni el trabajo ni el capital son asalariados, toda retribución se hace en la forma de distribución del valor añadido; de esta manera se genera una comunidad de intereses que tienen como *fin colectivo* la producción rentable, es decir, con suficiente valor añadido. Naturalmente esto implica que todos los trabajadores asumen parte del *riesgo empresarial*. Y esto aumentará la retribución media del trabajo porque la empresa socialista opera en condiciones de mercado y el mercado retribuye la asunción de riesgos.

Una vez que todas las partes han asumido riesgos, todas las partes tienen derecho a recibir información y participar en la gestión de la empresa: la asamblea de accionistas es sustituida por un *consejo de empresa*, en el que hay representación de los trabajadores. De este modo, el flujo de información es mucho más ágil en esta empresa y esto contribuye al éxito económico, y, con él, al crecimiento de la retribución del trabajo.

Cuando en la empresa socialista se adopta tecnología, se invierte parte del fondo de tecnificación y esa parte se convierte en capital social. La parte de ese nuevo capital social correspondiente a las aportaciones de los trabajadores es propiedad de los trabajadores, que van así convirtiéndose en copropietarios de la empresa. Es posible que los trabajadores tengan que aceptar trabajar menos horas y ganar algo menos, pero eso tenderá a ser compensado por las retribuciones que los trabajadores pasen a recibir como accionistas de la empresa.

La idea última es convertir el mismo proceso de tecnificación en un proceso que tienda a hacer coincidir a los financiadores de la tecnificación con quienes trabajan con el capital tecnológico creado, paliando así, paulatinamente, la contradicción que hemos señalado en la empresa capitalista.

Se suele objetar que la empresa socialista no gustará a nadie, y en especial no gustará a los trabajadores, porque éstos no quieren participar en los beneficios ni en la gestión de la empresa, no quieren asumir riesgo empresarial: lo que de verdad quieren es simplemente un salario seguro. Lo cierto es que *los trabajadores ya están asumiendo riesgo empresarial a través del riesgo de ser despedidos*, sólo que ahora esa asunción de riesgo no se les paga. Es probable que conforme aumente la frecuencia de los despidos aumente también la disposición de los trabajadores a considerar las ventajas de la empresa socialista.

En cualquier caso, la empresa socialista no puede implantarse de un plumazo. Hay que esperar que la tendencia de la economía y la sociedad hagan objetivamente posible su instauración. Mientras tanto, como motivo político, la empresa socialista debe venderse como

- *abolición del despido* (salvo en casos de grave incumplimiento)
- *participación en los beneficios*
- *participación en la gestión*

Una vez que los trabajadores hayan conseguido el empleo estable, la competencia los hará enfrentarse a la necesidad de renunciar, por la tecnificación, a tiempo de trabajo y salario o enfrentarse al cierre de la empresa. Esto les hará ver la conveniencia de convertirse en cofinanciadores de la tecnificación, y de ahí se seguirán el resto de las características de la empresa socialista.

Prudentemente planteada, esta propuesta puede convertirse en parte del programa de una izquierda patriótica, de una izquierda post-ilustrada.

7. Conclusión: la ruptura del pacto social.

Espero haber hecho convincente esta tesis: ***el pacto social que permite la continuidad pacífica del sistema capitalista en los países desarrollados tiende a romperse: el neoliberalismo, la globalización y la tecnificación constituyen un ataque sin precedentes a los derechos económicos y sociales de la clase trabajadora; la estructura social tiende a quebrarse y la única alternativa es el PDS. En consecuencia, una nueva izquierda post-ilustrada, una izquierda que pueda ser patriótica, tiene una importante base social asegurada en el medio plazo.***

Desde el final de la segunda guerra mundial hasta los años ochenta estuvo vigente, en una u otra medida, en los países desarrollados el llamado *pacto fordista-keynesiano*, cuyo contenido era esencialmente este: el Estado debía velar mediante la política económica para mantener la situación de pleno empleo y dar la suficiente cobertura social a la población; por su parte, los capitalistas asumían la lección que Ford enseñó: el poder adquisitivo de los trabajadores tiene que crecer para que crezcan los beneficios de las empresas, porque los trabajadores constituyen la gran masa de los compradores. Ese pacto pudo mantener la paz social porque durante décadas hizo que aumentara continuamente el nivel de vida de todas las capas de la población.

Ese pacto está hoy roto. El primer ataque vino de parte del neoliberalismo. La recetas neoliberales hicieron perder a los trabajadores de los EEUU entre 1979 y 1995 un 11,2% de su salario real, que desde el 73 al 79 había crecido un 17,7% (Blanchard, O. *Macroeconomía*. Prentice Hall, Madrid, 2000 pg. 262). El segundo ataque viene de la globalización, es decir, de IDi. El tercer ataque, que parece avecinarse, puede venir de la tecnificación. Tendríamos entonces:

Neoliberalismo + IDi + tecnificación = fractura social

Leo en *Newsweek* que el salario semanal medio en EEUU ha pasado desde noviembre del 2001 a junio del 2004 de 530,17 dólares a 525,84, lo que, teniendo en cuenta la inflación, significa la pérdida de aproximadamente el 8% del poder adquisitivo, y esto a pesar de que el PIB sigue creciendo un buen 3% anual. En Europa no ha habido todavía bajadas monetarias de salarios medios, pero sí una desaceleración de su crecimiento con pérdidas de poder adquisitivo. Leo en *El País* del 5 de octubre que el beneficio empresarial creció en el primer semestre un 22,5% mientras los gastos de personal aumentaban sólo en un 2,7%, esto es, medio punto por debajo de la inflación y esto en un año en el que nuestro PIB puede crecer alrededor de un 2,5%. Año tras año vemos que los salarios pactados en convenio (que son los de unos cinco millones y pico de trabajadores entre trece millones y pico de asalariados españoles) no logran crecer por encima de la inflación a pesar de que el PIB sigue creciendo en términos reales; el resto de los salarios crece probablemente menos, y los nuevos empleados que sustituyen a jubilados o prejubilados cobran como media un 30% menos que lo que ganaban aquellos a quienes sustituyen. La mayoría de los funcionarios llevan más de

una década perdiendo poder adquisitivo, pero no se atreven a quejarse porque ahora es un lujo poseer un empleo fijo. En conjunto, los salarios pierden año tras año poder adquisitivo y empeoran las condiciones laborales, a pesar del crecimiento real de la economía.

En España sólo el 55% de la población activa tiene un trabajo a tiempo indefinido y jornada completa. Y los trabajos que se crean son precarios en casi su totalidad y van a parar a colectivos de trabajadores que están siendo incorporados al mercado laboral y aceptan menores salarios. En el 2003 se crearon en España unos 480.000 empleos netos contabilizados por el INE/EPA. De ellos unos 330.000 fueron a parar a mujeres y unos 150.000 a inmigrantes, con lo que, a pesar de la fuerte creación de empleo, el paro subió en unas 9.000 personas.

Conforme esta situación se vaya agudizando se irá acercando el momento de intentar poner en pie *la lucha de clases del siglo XXI*. Y en esta lucha de clases la protección del Estado nacional, esto es, la *preferencia nacional*, es la única alternativa que los trabajadores tienen frente al *capitalismo global*. **El programa de preferencia nacional más política social podría asegurar el pleno empleo y un crecimiento medio real de los salarios de un 2,5% anual durante las próximas décadas.** Por eso podría estar llegando la hora de la nueva izquierda, de la izquierda patriótica. Creo que nos acercamos a una encrucijada política y social que nunca se ha dado antes. En este contexto, **la tesis fundamental de este artículo es que el PDS no tiene más base social posible que los trabajadores y los trabajadores no tienen más representante de sus intereses objetivos que el PDS. Las condiciones objetivas apuntan hacia una simbiosis sólidamente cimentada.**

Para que esto último se vera claro, hay que insistir en estas dos ideas:

1ª. Las clases trabajadores van a exigir una nueva y vigorosa representación política de sus intereses en el futuro, es decir, se va a crear a partir de ellas una nueva clientela política, **pero la vieja izquierda --la izquierda progre, ilustrada-- ya no va a estar en condición de hacerla suya, porque por vez primera los intereses de los trabajadores españoles van a estar en contradicción objetiva con la ideología universalista, pro-inmigración, de la vieja izquierda.**

2ª. Un partido patriótico, contrario a la inmigración masiva y, en general, a la globalización, **sólo va a tener objetivamente de su lado a los intereses de los trabajadores.**

Lo que no debemos perder de vista es que la primera misión de un partido PDS será la de crear una *correcta conciencia social* de las causas del empeoramiento de las condiciones de los trabajadores. **Hoy por hoy los trabajadores no saben por qué pierden derechos sociales y económicos, y nunca ha existido una instancia de creación de falsa conciencia tan poderosa como los actuales medios de comunicación.** Aún así sucede que **los hechos son tozudos** y, conforme los problemas se agudicen, la recta percepción de la realidad se abrirá paso. Quien pueda ir ofreciendo los conceptos para entender la realidad y modificarla, tenderá a ocupar el centro.

III. EL PERFIL DE LA NUEVA IZQUIERDA.

1. Izquierda

Siempre he defendido que los términos *izquierda* y *derecha* ya no tenían sentido político en nuestra época. De hecho, con esa tesis comenzaba *La Alternativa a la Mundialización*. Probablemente tenía razón en un cierto nivel teórico. Y es muy posible que dentro de unos decenios esos términos hayan *efectivamente* perdido su significado político.

Hablando en *términos técnicos*, las expresiones *derecha* e *izquierda* datan de la revolución francesa y se mueven en el ámbito de la Ilustración y anti-Ilustración. La derecha vendría

luego a ser la versión liberal --menos radical-- de la Ilustración, y la izquierda la versión socialista o comunista --más radical-- de esa misma Ilustración. Generalmente se llamó *extrema derecha* a los restos pre-ilustrados y *extrema izquierda* a los movimientos más radicales --como el anarquismo-- o más violentos que los partidos socialistas o comunistas establecidos. En su sentido técnico de *versión radical de la Ilustración* el término *izquierda* no conviene al PDS.

Entre los intelectuales o medio-intelectuales, y en las definiciones ideológicas de los partidos de izquierda, *izquierda* hace referencia todavía a una versión más radical --más igualitarista, más *atea*, más universalista etc.-- de la Ilustración. Pero para mucha gente *izquierda* significa simplemente *defensa de los trabajadores*, y significa esto especialmente para los trabajadores. En ese sentido, el término *izquierda* conviene decididamente al PDS. Si podemos hablar de una izquierda post-ilustrada, es decir, que ha sometido a crítica el legado de la Ilustración y ha asumido unas partes a la vez que ha superado otras de ese legado, entonces el PDS puede ser *izquierda*.

Además, lo cierto es que hoy por hoy las expresiones *derecha* e *izquierda* siguen funcionando entre la gente. Y, puesto que siguen significando y evocando, puede resultar estratégicamente pertinente plantear si el PDS debe presentarse como un movimiento de derechas, de izquierdas o de ninguna de ambas cosas. En estos momentos pienso que sólo la *salida por la izquierda* ofrece una oportunidad.

Por una parte, la lucha del PDS coincide objetivamente con la defensa de los intereses de los trabajadores, es decir, de las clases medias y bajas, que frecuentemente se conciben a sí mismas como de izquierdas. Hay que ponérselo fácil a los futuros votantes.

Por otra parte, está claro que la salida al escenario político simplemente como un partido democrático, por más sincera y coherente que sea, es totalmente ineficaz para evitar el sambenito de *extrema derecha*, *totalitaria*, *fascista*, lo que el PDS no es en medida alguna.

¿Qué pasaría si se hiciese una salida *ruidosamente izquierdista*? Que yo sepa, eso no se ha intentado en ningún país de Europa. Ese camino podría ser transitable. Todavía recuerdo que, en la época de la transición, la llamada *Falange Auténtica* consiguió que los medios de comunicación la clasificasen ocasionalmente en la izquierda. Recuerdo que así lo hizo el diario *JAÉN* en las primeras legislativas. La estrategia de mimesis sistemática consiguió desconcertar en cierta medida. El PDS estaría mejor situado: tiene su propio planteamiento socialista.

Si hay que hablar de algún precedente, de algún movimiento patriótico que haya tenido su base social entre los trabajadores, hay que mencionar al *peronismo*. Las condiciones sociales que hicieron posible ese patriotismo en Argentina son muy diferentes de las que van a hacerlo posible en España y Europa, pero el *peronismo* tendrá siempre el mérito de haber mostrado que es posible cimentar un partido patriótico sobre el apoyo de los trabajadores.

2. Y una izquierda muy ruidosa.

El PDS debe irrumpir en escena como una izquierda *ruidosa* es decir, *indignada*, *reivindicativa*, *volcada en la denuncia vehemente*, *sin pelos en la lengua*.

Hay que clamar y exigir. Clamar contra las políticas neoliberales, contra el déficit cero, contra la pérdida de poder adquisitivo de los salarios, contra el empleo precario, contra el precio de la vivienda, contra las importaciones desleales etc. Hay que exigir empleos fijos, recuperación de los salarios, facilidades para la pequeña empresa y vivienda asequible. Estos deben ser los temas estelares. A estos hay que vincular los demás, por ejemplo:

POR (LA RECUPERACIÓN DE) LOS SALARIOS
CONTRA LA INMIGRACIÓN MASIVA

POR EL EMPLEO DIGNO
CONTRA LAS IMPORTACIONES DESLEALES

Etcétera. O con lemas como:

CONTRA EL CAPITAL GLOBAL
PREFERENCIA NACIONAL

El partido que represente al PDS debe considerarse esencialmente **el partido de los trabajadores españoles y el único partido de los trabajadores españoles**. Puede y debe asumir ese papel con absoluta convicción: transmitir convicción es la mejor manera de conseguir adhesión. Este partido debe insistir machaconamente en que es el único que representa los intereses de las familias trabajadoras españolas.

Esto implica realizar una denuncia continua y descarnada de la izquierda del Sistema (y de la derecha): *IU es un dinosaurio, representa el camino a ninguna parte y, como lo sabe, se limita a hacer el juego al PSOE, IU es una izquierda -trampa. El PSOE no es realmente de izquierda, maquilla su entrega a la globalización con cuatro medidas progres que nada tienen que ver con los problemas de los trabajadores. El PP no tiene nada de patriótico porque el capitalismo no tiene patria, el PP es el primer responsable de la inmigración masiva, del fortalecimiento de ETA (me refiero a la aceptación del tragua-trampa), etc etc Nosotros somos la **única** izquierda...*

Un deslinde muy procedente es el que hay que hacer entre *izquierda* y *progres*: *los progres son señoritos que se preocupan más del matrimonio homosexual que de las ayudas económicas a las familias trabajadoras etc. Los progres, la izquierda de los ricos, de los que no sufren la inmigración...*

Si el nombre *Partido de los Trabajadores Españoles* estuviese libre, sería probablemente el mejor.

Por otra parte, este partido debe atribuirse, además de la condición de izquierdista, también la de *socialista*, y probablemente la de *republicano*. A pesar de que siempre me he sentido republicano, durante mucho tiempo he pensado que este último adjetivo era electoralmente contraproducente o, como mínimo, inútil. Yo argüía que a los votantes no les interesa demasiado la forma general del Estado y que muchos de ellos se habían acostumbrado a nuestra familia real y la veían con simpatía. Y todo esto es probablemente cierto. Pero ahora hay que traer a colación otras consideraciones que pueden arrojar un resultado neto distinto.

Para el PDS tiene su importancia política el que no resulte fácil clasificarlo como extrema derecha, entre otras cosas *porque el PDS nada tiene que ver con la extrema derecha*. Ese es un objetivo táctico inmediato, y el adjetivo *republicano* puede ayudar. En España *republicano* suena todavía a un cierto número de votantes a los *rojos* de la Guerra Civil. Por otra parte, la extrema derecha todavía está ligada para muchos al franquismo. Por eso, mucha gente tenderá a pensar que un partido de extrema derecha, fascista, franquista, antidemocrático... nunca se atrevería a llamarse *republicano*, porque lo haría so pena de perder todos sus apoyos.

Además, el término *republicano* puede referirse no tanto a la oposición a la monarquía (eso puede dejarse en un segundo plano) como a la *afirmación de los valores republicanos*: la igualdad ante la ley, la democracia, las libertades civiles, la unidad del Estado, la solidaridad ciudadana. Valores que lo son también del PDS. *Republicano* es la manera que un partido de izquierda patriótica puede tener de llamarse *democrático*.

Para seguir hablando de los *otros*, podemos permitirnos cierta condescendencia con los partidos ecologistas, a la vez que manifestamos no comprender como pueden aliarse con la *izquierda antediluviana, marxista, economicista...* Por quien, en estos momentos, deberíamos declarar abierta simpatía, hasta que ellos mismos se desmarquen de nosotros, es por esa corriente tímidamente patriótica del PSOE que parecen representar Rodríguez Ibarra y Bono: *Dios y la patria no son derechas*. Son palabras de Bono en campaña.

Hay que ser duro con los partidos catalanistas, vasquistas o galleguistas, porque la unidad del Estado nacional es una prioridad en la lucha contra la globalización y en la defensa de nuestra identidad; pero también hay que ser *malévolamente sugerentes* para con sus votantes: *¿qué preferís, una Cataluña española o una Cataluña marroquí?* Creo que se entiende mi planteamiento. No podemos esperar mucho de esos partidos, pero en el futuro votantes catalanistas o vasquistas podrían sentirse interesados por un proyecto anti-inmigración basado en la común identidad española y en el respeto de la diversidad interna de España.

Creo que la propuesta de un Estado federal es, en España, un error. Y un error muy inoportuno en estos momentos en que el separatismo calienta motores ante la evidente debilidad de Zapatero. A mi juicio, incluso el modelo autonómico va mal encaminado: no se trata de otorgar a las regiones derechos políticos e instituciones propias de un mini-Estado, sino de concederles fundamentalmente dos tipos de competencias: por una parte las necesarias para la legítima preservación de su identidad cultural y por otra las necesarias para la ordenación ecológica y demográfica del territorio; es evidente que se trata de dos competencias fuertemente vinculadas.

He dicho en artículos anteriores que el PDS representa el patriotismo revolucionario frente al patriotismo conservador o RPS (racismo pro-Sistema). Cada vez veo esto más claro. Una parte de las personas que conozco, y que se consideran patriotas y se oponen a la inmigración, se hacen el siguiente planteamiento: *la lucha se plantea entre Occidente y el Islam, entre Bush y Bin Laden, entre Aznar y los terroristas, porque el Islam es nuestro enemigo a muerte, el que nos odia de verdad y nos quiere a todos muertos. Puesto a elegir, me quedo con Bush, Aznar y con Israel. Por eso he empezado a votar al PP...*

Esta posición sorprende por simple y corta de vista. Pero, como políticos, nos preguntamos a veces si no será más útil electoralmente que otra idea más veraz pero más complicada. *Posiblemente no*. El catorce de marzo nos enseñó que los españoles no reaccionan electoralmente siguiendo aquella simple idea: los atentados del once de marzo no movieron al electorado a apoyar la política *neocon* de Aznar. **Quienes, en España, intenten alinearse con esa política no harán más que reproducir la parte más impopular de la política del PP.**

Aquí la idea clave es que *no podemos combatir el capitalismo global dentro de nuestras fronteras y a la vez alinearnos con él en política exterior*. El primer enemigo de los trabajadores y de nuestra identidad es el capitalismo global, el enemigo *interior, social, ideológico*. Nuestro conflicto con los países islámicos se debe en una buena medida al intento de Occidente de someterlos a los patrones de la globalización. Que yo sepa, el afán expansionista del Islam, como el del cristianismo, llevaba siglos dormido y es Occidente el que lo ha despertado. El mismo Huntington ha escrito que no se trata sólo del expansionismo islamista, sino que es el intento de occidentalización el que está provocando el choque de civilizaciones (*El Choque de Civilizaciones*, Paidós Ibérica, Barcelona, 1997, p. 77). En política internacional un partido de izquierda patriótica se pronunciará contra el unilateralismo de los EEUU, contra su función como brazo armado de la globalización, contra la política de Israel en Palestina etc. Es decir, contra la política *neo-con*. Bueno, todo esto también ayuda a presentarse como de izquierdas.

Sin embargo, hay que añadir otras consideraciones. Realmente, en cierta medida, vamos entrando en un choque de civilizaciones. Es cierto que existen un Islam expansionista y un Islam terrorista. Personalmente tengo incluso mis dudas sobre si una interpretación

demasiado rigurosa del Islam resultaría compatible con una parte de nuestra legislación que no estamos dispuestos a eliminar. Es tema de otro estudio. Pero lo que está claro es que la izquierda patriótica debe insistir en la condena del terrorismo islámico y en que quienes vivan en España deben estar obligados sin excepción a acatar las leyes españolas. Si alguien entiende que para cumplir con su religión tiene que desafiar nuestras leyes, entonces sencillamente no puede vivir con nosotros.

La protección de la familia y especialmente de la familia numerosa, la oferta de condiciones laborales que favorezcan la maternidad y la paternidad, la facilidad del acceso a la vivienda de los jóvenes y su estabilidad laboral, en fin, cuanto propicie la creación de familias estables capaces de tener hijos, debe convertirse en *reivindicación social* de la nueva izquierda. Quedan sin tocar otros muchos temas sobre los que una izquierda patriótica se verá obligada a tomar posición con inteligencia: divorcio, aborto, matrimonio homosexual, igualdad entre hombre y mujer... Habrá que dejarlo para otro momento.

Pero no puedo dejar de plantear es esto: entre nuestros enemigos, incluso quienes asuman que ha nacido una nueva izquierda hablarán del surgimiento de una *izquierda obrera insolidaria*, o sea, que pretende defender a los trabajadores españoles a costa de los trabajadores extranjeros. Lo que hay que contestar es esto: la inmigración masiva, la deslocalización y la competencia desleal están destruyendo el *modelo social europeo*, cuando lo que interesa a los trabajadores de todo el mundo es *imitarlo, tenerlo como referencia*, en lugar de *destruirlo*; consentir que, en nombre de una equivocada solidaridad, se destruya el modelo social europeo equivale a dejar el campo libre al capitalismo salvaje para que instaure en el futuro y a nivel mundial la miseria de los trabajadores.

Yo diría más: la *solidaridad universal* debe ser una bandera de la izquierda patriótica en su oposición al capitalismo global. Y no se trata sólo de conceder a todas las naciones el derecho a su identidad e independencia --lo que yo solía llamar *patriotismo respetuoso*-- sino que, al lado de esto y en un lugar destacado de nuestro programa político, tenemos que colocar otros dos grandes objetivos, de modo que nuestra política exterior quede basada en estos tres puntos:

- 1º. Instaurar una paz mundial basada en el respeto entre las naciones, las religiones y las culturas.
- 2º. Acabar *totalmente* con el hambre y la desnutrición en el mundo antes de una fecha tope, proponiendo un plan y buscando la adhesión de otros países.
- 3º. Conseguir un estado sanitario razonable para la totalidad de la población mundial.

Son las condiciones básicas de partida para poner al Tercer Mundo en el camino del desarrollo sostenible. El mundo desarrollado tiene la capacidad técnica y económica para hacerlo. Repito: estos objetivos deben ser prioritarios en el planteamiento de nuestra política exterior y hemos de insistir en ellos en nuestros lemas, mítines y campañas. Por ser hombres debemos ser solidarios con los demás hombres, pero es que además ahora fenómenos de escala global, como la inmigración masiva, nos recuerdan que la pobreza en el mundo *nos afecta*. Si queremos preservar nuestra identidad, debemos resolver el problema de la inmigración, lo que difícilmente resultará posible sin la debida solidaridad internacional. Las guerras y la pobreza en el Tercer Mundo son uno de los motores de la inmigración. Otra manera de irrumpir por la izquierda es proponer un *nuevo orden mundial*, basado en esos tres puntos, como alternativa a la globalización capitalista; proponer solidaridad en lugar de inmigración, etc. Y no sería mala idea empezar a darse a conocer a través de estos temas.

3. Para enterrar al comunismo

El comunismo está tan muerto que huele mal. ¿Por qué no queda entonces electoralmente sepultado de una vez por todas? ¿Por qué se mantiene ese escandaloso 4% de los votos para una IU que nada tiene que ofrecer? *Porque nadie ofrece una alternativa a sus votantes.*

Quiero hablar brevemente de por dónde debemos atacar, a por qué votantes debemos ir. Y mi tesis es: debemos ir a por la actual izquierda obrera, empezando por arrebatarnos ese cuatro por ciento a los comunistas, estableciendo una nueva izquierda obrera en donde ahora se apalanca la izquierda antediluviana. Aunque sólo sea porque llevo veinticinco páginas argumentando que esos votantes son *naturalmente nuestros* en el futuro.

Dejémonos de la *derecha del PP*. Eso sencillamente no existe, por mucho que el PP intente moverse hacia el centro: no hay base social a la derecha del PP. **Quienes quieran defender los valores religiosos, patrióticos, familiares votarán al final a la izquierda patriótica**, y esto por dos razones:

1ª. La izquierda patriótica será el único movimiento que defienda razonablemente esos valores y que, por tener base social, termine teniendo éxito electoral.

2ª. La posibilidad de la desaparición de España por causa de la inmigración masiva asustará a los votantes patrióticos lo suficiente como para que se decidan a votar al único partido anti-inmigración viable.

Pero debemos dirigirnos en primer lugar a los votantes de IU, y a quienes votan al PSOE porque se sienten de izquierdas, pero se sienten de izquierdas porque ellos y sus padres han sido siempre *trabajadores, no porque se sientan progres*. Esta tesis me parece consecuencia lógica inmediata de todas las anteriores.

Considerando a la vez las motivaciones derivadas de intereses, sentimientos e ideas, creo que los votantes potenciales del PDS son estos grupos:

1. Los trabajadores que ahora votan a la izquierda del Sistema porque son trabajadores, no porque sean progres.
2. Los jóvenes que se incorporan al mercado de trabajo desde 4º de la ESO o desde algún nivel de la FP.
3. Todos los patriotas, asustados por la inmigración masiva, por la globalización, por el separatismo.

Incluso el *Front National*, que no tiene empacho en definirse de vez en vez como *la verdadera derecha*, establece sus bastiones sobre los antiguos feudos comunistas. La medida en que el PDS logre atraer a votantes que ahora, a fuer de trabajadores, lo son de la izquierda, será la medida de su éxito potencial.

4. Epílogo: para restablecer la moral social.

No sólo de pan vive el hombre. El realismo político no me hace olvidar esto. Lo decía al principio: las personas necesitan ideales para vivir; y de falta de ideales mueren los individuos y las sociedades.

Personalmente estoy tan motivado por la defensa efectiva de la justicia y de los trabajadores, como por la preservación de nuestra identidad comunitaria; pero también por la necesidad de devolver a nuestro pueblo valores e ilusiones. Y está me parece la sintonía correcta.

Diré brevemente lo que he dicho recientemente en otros artículos: hay que ofrecer a los españoles la posibilidad de estudiar, trabajar, establecerse, casarse, tener hijos, educarlos, darles un futuro...y todo ello en medio de la sensación de formar parte de un proyecto social correcto y justo.

Es necesario devolver la moral --tanto la *ética* como el *buen ánimo*-- al pueblo español. Según creo, esta debe ser la bóveda, el ambiente, el mensaje envolvente que transmita un movimiento socialista patriótico. Sería un grave error olvidarlo.